

a su madre de la trena (algo haría el obispo, digo yo) y el Saborío más contento que una feria. En la cantina, cuando ya le había pegado al

mosto lo suficiente, alguien le escuchó balbucear el consabido dicho de la sabiduría popular:

—¡Más vale una hija puta que tres

hijos canónigos!—. Pidió otro litro y se arrancó por alegrías.

(De «Una vaca en el balcón de la patria»)

El hombre del maletín

Patricio Peñalver Ortega

EL tren asomó sus potentes focos, sus ojos se iluminaron y por los servicios de megafonía se oyó la procedencia del hombre que ahora bajaba. El hombre miró a ambos lados del andén número uno y tan sólo se encontró con abrazos y carcajadas de alegría, que contrastaban con la profunda seriedad del señor López. El hombre agarró su maletín, y tras caminar a la puerta principal, se halló frente al señor López; dirigió su mano derecha al bolsillo interior de su chaqueta y sacó una tarjeta. El señor López no entendía nada, miraba el maletín detenidamente y por fin se decidió a indicarle varias calles.

Se despidieron.

El tren lanzaba unos pitidos que al parecer indicaban su marcha, ellos volvieron la cabeza y sus miradas se encontraron de nuevo; tal vez sin los pitidos no se hubieran visto de nuevo, al fin y al cabo, se habían despedido y una cierta premonición rondaba ya en la mente del señor López.

El hombre caminaba lentamente y se adentró en la primera calle indicada; la calle era angosta y a esa hora de la tarde estaba vacía. Llegó al final de la calle y se tropezó con una farmacia; no sin antes echar una mirada semicircular de reojo, entró al ver la puerta abierta. Al fondo se oía una tonada andalusí, y él que al parecer gritaba, se sorprendió al ver que su propio canto era acompañado por la música.

Jadeaba y no cesaba de mirar el maletín, cuando del fondo salió el mancebo exigiéndole unas extrañas pólizas de entrada.

Yo, que soy una persona perfectamente capacitada física e intelectualmente, les diré que no conozco de nada al señor López, y en cuanto al hombre del maletín...

El hombre del maletín buscaba en

su bolsillo y no entendía qué pólizas eran necesarias. Se animó y sus ojos chispeaban. De nuevo sacó la tarjeta, y de manera jactanciosa la mostró al mancebo, que vestía de negro. Al tanto que el mancebo le expresaba ciertas indicaciones baladíes, mientras se marchaba, la música regresaba a sus oídos. Miró de nuevo al maletín y extrañado salió de la farmacia. La calle seguía desierta y pensó por segunda vez que no tenía salida; se encaminó de nuevo hacia la estación, y allí donde la calle se ensanchaba volvió a mirar circularmente. ¡Cá! Cuál fue su enorme sorpresa, al final de la calle y junto a la farmacia se encontraba el señor López.

Se saludaron.

El hombre miró la fachada principal de la estación y se dirigió hacia el quiosco. Dentro de sus cábala ya entraban las más recias suposiciones. Sobre todo al oír la conversación de aquellos hombres junto al puesto de venta.

—Que no, y dale Perico al torno. Yo te digo que el jambo tenía jindama y quería narse.

—Y yo te digo que Dante llevaba razón al colocar a Avicena en el Purgatorio.

Miraba su maletín y por fin, al cabo de un rato, los hombres paraban su plática y el vendedor dejaba de gritar, me queda la figa, me queda la mudanza. El hombre sacó otra vez la tarjeta y las tres cabezas se juntaron en torno a ella; que no, ni quiero la figa, ni quiero la mudanza. El vendedor le indicó la primera calle a la derecha, al llegar a la primera bifurcación, y ya en la esquina le gritó: ¿pero oiga, de verdad, que no quiere la figa?

Necesitaba descansar y se le presentaba una oportunidad de oro molido al encontrar un café abierto, repensaba la cantidad de tiempo que había perdido. Se aferraba a la barra

y ya era la quinta copa que tomaba, ahora, muy cerca se oían los pitidos del tren. Abrió el periódico y al mirar la fecha se sorprendió que el tiempo no era medible en cantidad, ya que seguían pasando las mismas cosas.

Miró hacia el maletín y ¡quía!, no estaba y no se lo creía. Salió corriendo pues era mucho lo que se esfumaba.

Corrió por las calles y, aunque no podía recordar por qué parte de la ciudad se encontraba, corría. Al parecer habían pasado varios días, y por las noches se acordaba de la bata negra del mancebo.

Yo, que soy una persona perfectamente capacitada física e intelectualmente, les diré tan sólo... ¿Que quién soy?

El hombre seguía corriendo y todas las mañanas se acercaba a la estación; sin embargo, el tren esa mañana llegaba con bastante retraso, por los servicios de megafonía se anunciaba su procedencia, y allí junto al andén número uno el señor López bajaba con su maletín de piel de cocodrilo. Se acercaba y tras sacar una tarjeta donde en letra gótica decía señor López.

Se despidieron.

El señor López se dirigió a la farmacia y después de largas gestiones inconclusas salió airadamente, al final de la calle el vendedor le ofreció la figa.

Yo, que soy una persona perfectamente...

Les diré que una y mil veces intenté relatar las peripecias del señor López, también les diré que conozco al señor López de nada, ya que se trataba de un personaje, quizás el central, de la que iba a ser mi próxima novela y los originales me fueron robados.

Yo, señores, soy el hombre del maletín.